

"SI NO QUIEREN
SABER LA VERDAD,
QUE NO ME
BUSQUEN"



Santa Teresita

de Berazategui

Número 559

TERCER MILENIO

Editado

por: FUNDACIÓN MISERICORDIA DIVINA Asociación de Laicos Católicos

Casilla de Correo n° 7 - B1880WAA - Berazategui - Argentina

Historias del abuelo Esteban

II



Por
Pedro
Romano

"... en todos Dios ha puesto algo bueno
que se pueda compartir..."

Visitar enfermos era una de las obras de Misericordia que el abuelo Esteban emprendía con mayor empeño y responsabilidad.

- "Algún día, ese enfermo puedo ser yo... ", solía decir a los que le explicaban que esas visitas eran una pérdida de tiempo, ya que "las enfermeras y los médicos ya saben qué hacer". Sin dejar de sonreír, Esteban respondía:

- "Sí, ellos saben cómo curar y atender sus cuerpos, pero yo me sé algunas cositas que pueden ayudarlos en el alma".

Cada primer sábado de mes se dirigía al hospital, rezaba el Rosario en la capilla del mismo y luego elegía un enfermo para acercarse.

Esta vez llamó su atención un paciente que miraba por la ventana próxima a su cama con el rostro inexpresivo, desilusionado.

- "Buen día, ¿como le va?. Mi nombre es Esteban, ¿puedo hacerle compañía un rato?"

Los ojos vacíos se posaron sobre el abuelo y luego sobre una silla que servía como única comodidad a los acompañantes y visitas de la sala. Esteban entendió ese gesto como una invitación y se acomodó bien cerca de la cabecera, para poder hablar sin molestar.

El enfermo, que tendría su misma edad o un poco más, hizo oír su voz débil y pastosa, apagada por los medicamentos, el dolor y la tortura moral que implica estar postrado y solo.

- "Me llamo Ernesto. Mis amigos me decían Tino, cuando todavía los tenía y me visitaban. Algunos se murieron, otros se olvidaron de mí por sus propios problemas..."

Ese comienzo fue suficiente para Esteban. Todavía quedaba algo en ese hombre que se podía rescatar y no sería el abuelo el que lo abandonaría sin intentarlo, hasta el último momento.

- "Bueno, amigo, en la vida conocemos a muchas personas. Algunas mejores, otras peores, pero de todos podemos sacar algo bueno; en todos Dios ha puesto algo bueno que se pueda compartir..."

- "Dios hace rato que me abandonó también. Yo solía rezar mucho, cuando mi esposa vivía siempre pedíamos trabajo y salud para todos. Pero parece que no me sirvió de nada. Lo único que conseguí fueron dolores: primero la pérdida de mi mujer y ahora esta enfermedad que me lleva la vida a pedazos. ¡Dios no se interesa más en mí!"

- "Si me permite, no creo que sea así, sino al revés. ¿Puedo contarle algo que tiene que ver con esto?..."

Santa María Goretti había sido canonizada por la Iglesia hacía unos meses, cuando a un periodista se le ocurrió informar sobre la familia de la santa.

Recurrió para ello a su hermana, Ersilia Goretti, y le hizo un reportaje, preguntándole primeramente si "la canonización de María le había reparado a sus familiares alguna ventaja material".

La respuesta de Ersilia fue toda una lección:

"No, no nos ha reportado el éxito ni nos ha facilitado una mejor posición social. Siempre hemos vivido como ella, de nuestro trabajo, y hemos educado a nuestros hijos del mismo modo en que, con toda seguridad, los hubiera educado ella: con nuestro sudor. Pero he de decir, sin embargo, que la protección de mi hermana ha sido siempre palpable, evidente. Siempre nos ha proporcionado trabajo y paz. Mire, mi hermana Teresa está enferma y se halla en una clínica. Está totalmente enyesada, en cruz, como Cristo. María no la cura, pero le da la fuerza y la gracia para soportarlo con amor. Vea, yo creo que María deja que suframos en la vida porque, indudablemente, quiere que obtengamos el paraíso con el sudor de nuestra frente, el trabajo de cada día y el sacrificio".

Los ojos vacíos parecieron encenderse de repente como las estrellas empiezan a brillar en el atardecer, anunciando la noche. Una sola lágrima asomaba tímidamente amenazando deslizarse por la huesuda mejilla del enfermo. Esteban entendió en el acto ¡Esa alma había captado su mensaje!- "En la vida hay muchas cosas que no podemos afrontar si estamos solos, Tino, pero con Dios todo lo podremos: Él nos dará la gracia y la fuerza, como a esa herma-

na de la santa. Sólo es necesario que se lo pidamos, y pedir a Dios es rezar... ”

- “¡Yo siempre recé mucho, sabés, siempre... Pero desde que no lo hago más tengo como una piedra acá, en el corazón y nunca tengo paz!...”- Replicó Tino con la voz temblorosa y agitada, con palabras que salían más de su alma que de su garganta. Desde esa vez y por bastante tiempo, nunca faltaron el Rosario y las charlas de Tino y Esteban, hasta aquel último día en que Ernesto partió hacia la Patria Celestial, habiéndose confesado y recibido la Unción de los enfermos, con una angelical sonrisa en los labios, la paz en su corazón y las manos entrelazadas con su verdadero amigo, aquel que le había acercado la gracia de Dios.

Los padres de San Jorge eran cristianos; algunos creen que el padre fue mártir. Nació en el año 280 y fue educado por su madre. A los diecisiete años abrazó la profesión de las armas. San Jorge debía ser el patrón de las victorias y fue soldado romano. Empezó con el heroísmo natural para llegar al sobrenatural; o bien el heroísmo sobrenatural, que ya poseía, se ocultó de momento bajo las apariencias del heroísmo natural.

Vamos a la historia del dragón, historia o leyenda, y en ambos casos igualmente interesante.

En las cercanías de Beyruth, un enorme dragón habitaba junto a un lago cuyas aguas y orillas dominaba. Si se dejaba ver era sólo para echarse encima de los animales o de los hombres, y a veces llegaba hasta las puertas de la ciudad. Para evitar males mayores se acordó entregar cada día dos ovejas a su voracidad, pero cuando no hubo más ovejas se consultó un adivino. Él mismo contestó que deberían dar al dragón víctimas humanas, sorteando para saber quiénes habían de ir muriendo de este modo. El sacrificio es un acto de adoración, y como el demonio tiene hambre y sed de ser adorado, tiene hambre y sed de carne y de sangre humana, quiere que la vida humana sea inmolada en una u otra forma ante su altar. Satán pide generalmente la sangre de las vírgenes.

Todo se cumplía hasta que la suerte designó un día a Margarita, la hija del rey. Él se negó a entregarla, pero el pueblo, que en aquella época ya se amotinaba, rodeó el palacio amenazando con prenderle fuego, y diciendo que quemarían viva a toda la familia real. El rey se vio obligado a ceder y entregó a su hija, que fue preparada para el caso con sus vestidos de fiesta.

Margarita fue conducida al lugar donde el monstruo debía acudir a devorarla. La princesa, deshe-

cha en lágrimas, se apoyó contra una roca teniendo a su lado una oveja que había de ser su compañera de infortunio: el monstruo devorará, una tras otra, a Margarita y a la oveja, símbolo de su inocencia. Pero en ese momento pasó San Jorge junto a la roca, vio a la joven llorando, se acercó a ella y la interrogó. La joven le contó su infortunio y el Santo se quedó a su lado.

De repente el lago se convirtió en un hervidero: el dragón, retorciéndose, agitó las aguas; sus horribles silbidos llenaron el aire y la princesa lanzó gritos de terror. -*Nada temáis*- le dijo San Jorge, que montó a caballo y encomendándose a Dios, se precipitó sobre el monstruo y lo hirió con su lanza, dejándolo tendido a sus pies. *Ahora* -dijo el Santo a la princesa -*atadle vuestro cinturón al cuello*. Y en esta forma fue llevado el monstruo a la ciudad, donde todo el pueblo prorrumpió en gritos de alegría y de agradecimiento.

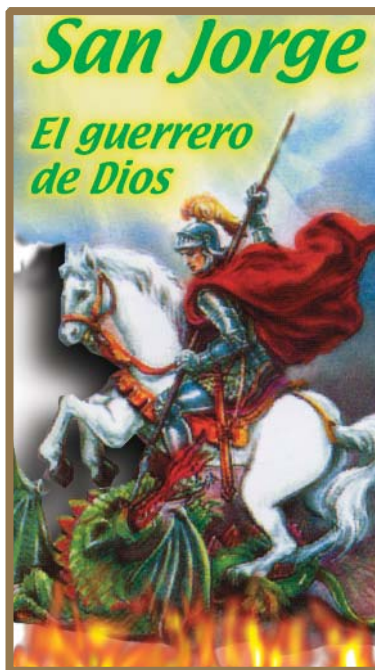
Jorge dijo al pueblo que, si quería creer en el verdadero Dios, el monstruo acabaría de morir y se verían libres de él para siempre. El rey y veinte mil súbditos recibieron el bautismo católico.

El rey quiso colmar a Jorge de honores y darle la mitad de su fortuna; pero Jorge hizo distribuir entre los pobres cuantos bienes el rey quiso darle, abrazó a éste, encomendándole todos los desvalidos de su reino, y volvió a su país.

Por aquellos tiempos reinaba en Roma Diocleciano, que era muy devoto de Apolo. Un día consultó al oráculo sobre los asuntos del gobierno; pero el oráculo contestó: -*Los justos que hay en la tierra me privan de hablar: ellos turban la inspiración del trípode.*- ¿Y quiénes son estos justos? -preguntó el Emperador. -*Son los cristianos*- repuso el oráculo. Desde aquel día, las persecuciones, que habían menguado, tomaron proporciones espantosas. Jorge era un personaje en el Imperio. Llevaba un gran nombre, era rico y soldado.

Estas cualidades reunidas le otorgaban grandes derechos, pues en Roma los soldados lo eran todo. Al ver que las persecuciones recrudecían, Jorge no pudo acallar su cólera; sus amigos le aconsejaban la prudencia, pero todo fue inútil. Y eso que no ignoraba que Diocleciano era capaz de inmolar al mejor de sus amigos en un momento de mal humor. Conocía Jorge muy bien los usos de aquella corte, y porque los conocía empezó a distribuir su dinero y sus vestidos entre los pobres comprendiendo que muy pronto no necesitaría de ellos.

Hay que recordar que Jorge era muy joven, y esto tal vez ayudó a su confianza y su audacia sobrenaturales. Tendría unos veinte años; pero era tribuno, o mejor dicho, lo había sido, pues acababa de



renunciar a tal empleo. Podía hablar al Emperador, y le habló. Diocleciano le dijo: “*Joven, piensa en tu porvenir*”. Jorge iba a responder; pero la cólera se apoderó del Emperador antes de que hablara, y esta cólera debió ser atroz porque venía del mismo lugar que las respuestas del oráculo.

Los guardias recibieron la orden de llevar a Jorge a la cárcel. Le dejaron allí en el suelo con los pies encadenados y una enorme piedra sobre el pecho.

Al día siguiente fue de nuevo presentado a Diocleciano, y como todas las seducciones resultaron tan inútiles como las del día anterior, Jorge fue metido en una rueda erizada de puntas de acero que le destrozaron las carnes. Había que inventar nuevas torturas y se inventaron; y de los increíbles tormentos que soportó antes de morir le viene a San Jorge el nombre de gran mártir. Sufrió mil torturas una tras otra. Le fueron dados latigazos hasta ponerle los huesos al descubierto, y luego fue echado a una fosa ardiente. En medio de las llamas, el mártir recitaba los salmos de David. Pero un ángel detuvo la acción de las llamas y, después de tres días y tres noches Jorge, en vez de haber muerto abrasado, se hallaba completamente sano.

Entonces Diocleciano hizo que le metieran los pies en borceguíes de hierro incandescentes erizados de puntas; este tormento arrancó al fin a Jorge algunos gemidos. Pero como no murió todavía, le cargaron de cadenas y le echaron en un calabozo, a donde le fue llevada la Eucaristía, y las cadenas cayeron por sí mismas. Un labrador pagano, llamado Glicero, acababa de ver morir a un buey que le servía para la labor, y encontrando al mártir en su camino le pidió la resurrección del buey. Jorge le preguntó si quería creer en Jesucristo, y habiendo contestado afirmativamente: “*Ve -le dijo Jorge-, vuelve al arado y encontrarás a tu buey vivo*”. Cuando Glicero llegó al campo, el buey estaba preparado para continuar el trabajo. Pocos días después, aquel labrador murió mártir.

Entretanto Jorge, continuaba sufriendo sin morir; él mismo pidió ser conducido al templo, para ver los dioses que allí se adoraban. Diocleciano reunió al Senado para que presenciara la presumida victoria: todos aquellos personajes habían de ver a Jorge vencido hacer sacrificios a Apolo: llegado el momento, todos los ojos estaban fijos en él.

Jorge se aproximó al ídolo, extendió la mano, hizo la señal de la cruz y preguntó:

- *¿Quieres que te haga sacrificio como a Dios?*

- *Yo no soy Dios - se vio obligado a confesar el demonio que dentro había-, no hay otro Dios que el que tú predicas.*

Y en seguida, horribles voces salieron de todos los ídolos, que cayeron transformados en polvo.

Entonces los guardias detuvieron a Jorge y le cortaron la cabeza.

Una tradición muy extendida afirma que San Jorge, antes de morir, pidió a Dios que cumpliera los ruegos de los que oraran en memoria de su martirio.

NOTA
50

KEMPIS

Imitación de Cristo

La “Imitación de Cristo”, de Tomás de Kempis, es un libro de profunda espiritualidad, cuyo contenido ha elevado las almas de miles de cristianos. Su lectura y meditación nos llevará a cambiar nuestra vida según las leyes de Dios y alcanzar la verdadera felicidad.

28. Por lo demás, se da al hombre la consolación divina para que cobre fuerzas y pueda así tolerar las penalidades de la vida. Pero sigue después la tentación para que no se enorgullezca del bien realizado.

29. El diablo no duerme y la carne no está muerta todavía. Por eso no dejes de prepararte para la lucha, porque a la derecha y a la izquierda aguardan los enemigos, que nunca se dan punto de reposo.

CAPÍTULO 10.

Gratitud por el don divino de la gracia.

El único deleite verdadero procede de Dios.

1. ¿Por qué buscas descanso, siendo que has nacido para el trabajo?

2. Prepárate para sufrir con paciencia más que para gozar de consuelos, y más para llevar la cruz que para la alegría.

3. Porque, ¿quién de entre los hombres del mundo no acogería con agrado la consolación y gozo espiritual, si estuvieran siempre al alcance de su mano?

4. Porque los goces del espíritu sobrepasan todas las delicias de este mundo y los placeres de los sentidos.

5. En efecto, todos los deleites terrenos o son vanos o vergonzosos. Los espirituales, por el contrario, son los únicos agradables y honestos; tienen su origen en la virtud y son infundidos por Dios en las almas más puras.

6. Pero nadie puede gozar a su gusto de estas consolaciones divinas, porque la tentación deja poco tiempo de tregua para ello.

7. Constituyen gran obstáculo para la inspiración divina la falsa libertad de espíritu y la presuntuosa confianza en sí mismo.

8. Ciertamente Dios obra bien cuando da al hombre la gracia de la consolación; pero el hombre obra mal cuando no lo atribuye todo a Dios, dándole gracias.

9. He aquí por qué no pueden derramarse en nosotros más copiosamente los dones de la gracia divina: porque somos ingratos a su autor y no lo referimos todo a la fuente de donde proceden.

10. Porque siempre se hace acreedor a nuevas gracias el que es dignamente agradecido; y por otra parte, Dios quita al soberbio lo que suele conceder al humilde.

Continuará

Si Usted está triste, deprimido, angustiado por sus problemas, no lo dude...



... y volverá a su hogar con la paz en el corazón...

El 13 de cada mes SOLEMNE PROCESIÓN con la Imagen Milagrosa de "María Rosa Mystica".

Colectivos: 98 (3 y 5), 603 (1-M-6-7-4), 219

Visite el

"SANTUARIO DE JESÚS MISERICORDIOSO"

**Calle 153 entre 27 y 28 - Berazategui
Pcia. de Bs. As.**

**Horario de visitas y atención:
Todos los días de 9:00 a 11:00 y
de 14:00 a 16:00 hs**

INFORMES:

DIRECCIÓN POSTAL:

Casilla de Correo n° 7

B1880WAA Berazategui - Argentina

WEBSITE: www.santuario.com.ar

E-MAIL: fundacion@santuario.com.ar

ESPECIAL PARA CATEQUISTAS

61 ... Y CRISTIANOS DE BUENA VOLUNTAD

LO QUE HAY QUE HACER: LOS MANDAMIENTOS.

La ley nueva.

Como el fin último del hombre es gozar de Dios y ese fin supera su capacidad natural, fue necesario que Dios mismo le diese una norma o ley para que el hombre supiera lo que debe hacer y lo que debe evitar si quiere dirigir sus acciones de tal manera que pueda alcanzar ese fin último sobrenatural, en el que consiste la salvación. Junto con ese conocimiento, Dios da la gracia para cumplir sus mandatos.

Pero como la salvación de los hombres sólo puede realizarse por Cristo, ya que *"en ningún otro hay salvación"* (Hechos 4, 12), sólo Cristo es el que promulgó una ley que conduce absolutamente a todos por el camino de la salvación: la ley nueva. Nuestro Señor es el autor de esta ley; por eso también se la llama *"Ley de Cristo"* (Gálatas 6, 2).

Además de ser el autor de la ley nueva, Nuestro Señor es modelo de cumplimiento de esa ley. Por eso en Él tenemos no sólo un maestro de quien aprender sino también un ejemplo que imitar: *"Cristo padeció por vosotros y os dejó un ejemplo para que sigáis sus pasos"* (1 Pedro 2, 21); Él mismo lo afirmó: *"Aprended de mí"...* (San Mateo 11, 29). San Pablo escribía: *"Tened los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús"* (Filipinenses 2, 5). Los Santos llegaron a ser tales precisamente porque lograron *"reproducir la imagen del Hijo de Dios"* (Romanos 8, 29). Por eso a menudo nos debemos preguntar: *¿Qué haría Jesús en mi lugar?* Y obrar en consecuencia.

I) Principalmente es infusa, interior.

¿En qué consiste principalmente la ley nueva, o ley de Cristo, o ley del Evangelio, o ley del Nuevo Tes-

tamento? Consiste principalmente en *"la fe que actúa por la caridad"* (Gálatas 5, 6); es *"el amor de Dios que se ha derramado en nuestros corazones por virtud del Espíritu Santo, que nos ha sido dado"* (Romanos 5, 5). Y en esto reside todo su poder.

"La ley nueva principalmente es la gracia del Espíritu Santo, que se da a los fieles de Cristo por la fe en Él" (Santo Tomás de Aquino). Por eso también se la llama *"ley de la fe"* (Romanos 3, 27), *"ley de la justicia"* (Romanos 9, 31), *"ley del Espíritu de vida... (que nos) libró del pecado y de la muerte"* (Romanos 8, 2); es una ley que *"nos hace libres"* (Gálatas 5, 1), porque *"donde está el Espíritu Santo del Señor está la libertad"* (2 Corintios 3, 17), es *"la ley perfecta de la libertad"* (Santiago 1, 25), ya que nos impulsa, libre e interiormente, a hacer todo lo que es necesario para la salvación eterna y a evitar todo lo contrario a la misma.

Los Santos, al no poner obstáculo a la acción de la gracia en ellos, fueron inmensamente libres; de ahí aquella frase de San Agustín: *"ama y haz lo que quieras"*, que quien ame de verdad sólo hará lo que quiera el Amor. Así obraron aquellos que, a lo largo de los siglos, han seguido el *"estrecho camino que lleva a la vida"* (San Mateo 7, 14) practicando la enseñanza de Jesús: *"el que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame"* (San Mateo 16, 24). Los que actúan según el espíritu de Dios que nos fue dado dan, así, frutos de *"caridad, gozo, paz, longanimidad, afabilidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza"*, o sea, no actúan contra la ley y, por lo tanto, *"contra estos no hay ley"* (Gálatas 5, 22-23), *"que son para sí mismos ley"* (Romanos 2, 14) ya que siempre hacen lo que Dios quiere.

Se cumplen así las profecías del Antiguo Testamento que anunciaban: *"Yo pondré mi ley en su interior y la escribiré en su corazón"* (Jeremías 31, 33; cfr. Hebreos 8, 8 y Ss.).

Continuará